



Educar para cambiar el mundo

Extraído de la **Revista Mente Sana** en su número 44 y en la página: 40. **Autor: Claudio Naranjo**

Los educadores tienen en sus manos la posibilidad de transmitir a los niños unos valores y conocimientos capaces de crear una sociedad más justa, humana y feliz. Por ello, es de vital importancia que el maestro se erija en el primer sujeto de transformación personal.

Déjenme comenzar con un estribillo que vengo repitiendo desde hace muchos años: ¡Cuán grande es la responsabilidad de la educación en nuestro problemático mundo, cuán grande es la tragedia de que tengamos una educación tan poco educativa, cuánto es el potencial de esta educación que, por el momento, no sirve al desarrollo humano, pero que podría comenzar a servirlo con grandes consecuencias positivas para la humanidad...! Para aprovechar ese potencial, necesitaremos maestros especialmente preparados.

El objetivo de transformar la educación compete a la sociedad en su conjunto, pero resulta sumamente importante empezar por los enseñantes. ¿Cómo vamos a tener una educación para el desarrollo humano, sin que los maestros hayan experimentado previamente este desarrollo, si solo han recibido una cierta instrucción académica? Para transformar la educación, es vital una metamorfosis de los docentes a través de un proceso formativo mucho más amplio y profundo que el proporcionado por las actuales escuelas de pedagogía: necesitamos una educación emocional.

Una escuela que forme en valores necesita considerar algo básico: las emociones.

Si me preguntan qué habría que agregarle a la escuela para que formara en valores, un primer ingrediente es lo que algunos psicoterapeutas y pedagogos ya han empezado a definir como “educación emocional”, con especial hincapié en la más importante de las emociones: el amor. Y esto pese a las reticencias que pueda suscitar esta palabra, que todavía es tabú en el mundo burocrático o académico.

Siguiendo la senda del Dalái Lama, que viaja por todo el mundo insistiendo en la importancia de la bondad y la compasión, podríamos decir que necesitamos una educación del corazón o, usando un lenguaje más empresarial, una educación de las relaciones humanas. Y es que lo que determina que una relación sea nutritiva es que haya afecto, y que no sea obstruida por emociones como el odio, la envidia o la competitividad. Asimismo, en el proceso de transformación de cualquier persona, y en especial, de los profesores, es fundamental lo que en psicoterapia se conoce como insight. Me refiero a la



capacidad de darse cuenta, de conocerse a uno mismo, de prestar atención al desarrollo de la propia conciencia.

En su obra *Ser padres conscientes* (Ed. La Llave), el psiquiatra Daniel J. Siegel y la educadora Mary Hartzell afirman que nada predice tanto la salud mental de un niño como la medida en que sus padres le han transmitido, a través del diálogo, el conocimiento de ellos mismos. Además, el camino que no pase por explorarse interiormente tiene un valor dudoso: si quieres hacer algo por tus hijos, decía George Gurdjieff, trabaja en ti mismo.

El proceso de transformación personal del educador comienza con el autoconocimiento.

Pudiera decirse que el insight apela a la parte cognitiva de la mente; el amor, a la parte afectiva, y el factor atencional corresponde a la esfera que, de forma más amplia, pudiera llamarse espiritual, en cuanto que no pertenece ni a lo afectivo, ni a lo cognitivo, ni a lo evolutivo, sino a la conciencia misma.

Y así, con ese énfasis especial en “hacer las cosas bien” es como se ha ahogado al niño interior que vive en cada uno de nosotros y se ha despreciado su sabiduría instintiva, la intuición.

Educar tiene para nosotros una connotación tradicional de domesticación, y la educación necesita recuperar su potencial emancipatorio, comenzando por invitar a cada persona a escucharse a sí misma y a percibir las sutiles llamadas de su voz interior. Recordar que el tiempo libre, la diversión y el juego son elementos fundamentales para que el niño pueda desarrollarse en armonía.

Educar contando con que nuestro niño interior necesita su espacio y ser escuchado. Comenzando por respetar a los niños y por desarrollar una empatía o solidaridad con su búsqueda de felicidad; cosas que no están en el espíritu de la cultura educacional del mundo actual, y cuya ausencia ya crea daño por sí misma.

Si queremos ir más allá de la educación que tenemos, me parece indispensable que se tome en cuenta no solo la libertad del niño a sentir lo que siente, a pensar lo que piensa y a poder expresarlo, sino que debemos respetar su capacidad de ser auténtico, de ser quien es. La educación debería servir de antídoto a la cultura enferma en que vivimos, ayudando a las personas a mantenerse íntegras.



Necesitamos abrirnos a un concepto más universal del espíritu y a una formación espiritual transistémica y transcultural: un destilado de la sabiduría del mundo en estas materias. Educar personas completas significa educar para la transformación del mundo.

Nos urge una educación que nos inste a dejar atrás modos de pensar y de vivir peligrosamente obsoletos y que nos ayude a evolucionar personal y socialmente.

Extraído de la **Revista Mente Sana** en su número 44 y en la página: 40. **Autor: Claudio Naranjo**